

Ictiandro, el hombre anfibio

Alexander Beliaev

Ediciones Godot

Colección Mundos ignotos

Beliaev, Alexander Ictiandro : el hombre anfibio . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : EGodot Argentina, 2013. 224 p. ; 20x13 cm. ISBN 978-987-1489-73-2 1. Narrativa Rusa. 2. Novela. I. Título CDD 891.73

Ictiandro

Alexander Beliaev

Traducción

Raimundo García González

Corrección

Gimena Riveros

Diseño de tapa e interiores

Víctor Malumíán

Ediciones Godot

www.edicionesgodot.com.ar

info@edicionesgodot.com.ar

[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)

[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)

Buenos Aires, Argentina, 2013

Impreso en Bonusprint,

Luna 261, Capital Federal, República Argentina

Demonio Marino

Era una de esas sofocantes noches de enero tan propias del verano argentino, en que miríadas de estrellas cubren el azabachado cielo. El *Medusa* permanecía anclado en absoluta quietud, pues reinaba tal bonanza que no se oía ni el rumor del agua ni el rechinar de las jarcias. El océano parecía estar sumido en profundo sopor.

Los buzos -pescadores de perlas- yacían semidesnudos en la cubierta de la goleta. Fatigados por el arduo trabajo y el abrasador Sol, se revolcaban, suspiraban y gritaban, inmersos en angustiada modorra. Las extremidades de aquellos hombres se sacudían; se sentían, tal vez, acosados hasta en sueños por sus terribles enemigos, los tiburones. En días tan calurosos y tranquilos su agobio era tal que, concluida la faena, no estaban en condiciones siquiera de subir los botes a bordo. Sin embargo, aquella noche esa tarea habría sido superflua, pues nada auguraba cambios del tiempo, por eso los botes quedaron a flote, amarrados a la cadena del ancla. Vergas desniveladas, jarcias desajustadas, foque sin izar apenas tremolante, tan suave era la brisa. Era el cuadro que presentaba la goleta. El espacio comprendido entre el castillo de proa y el alcázar se veía cubierto de ostras perlíferas, fracciones de soportes calizos de corales, cuerdas utilizadas por los buzos para descender al fondo, redes para embolsar ostras y toneles vacíos.

Al pie del mástil mesana se hallaba un gran tonel con agua potable, que tenía encadenada una pequeña vasija de latón. En torno al tonel se extendía una gran mancha, consecuencia del agua derramada.

De vez en cuando se levantaba algún pescador medio dormido y, atropellando a los tumbados, se dirigía al

tonel tambaleándose y pisando brazos, piernas y cuanto se le ponía adelante. Sin abrir los ojos, se tomaba una vasija de agua y se dejaba caer en cualquier lugar, como si hubiera tomado alcohol puro y no agua. A los buzos los atormentaba la sed: por la mañana resultaba peligroso desayunar antes de la jornada -la presión en el fondo es demasiado alta-, por eso trabajaban todo el día en ayunas hasta que oscurecía en el fondo, y solo podían comer cuando caía la noche, antes de acostarse a dormir. Y su casi único alimento era la cecina.

Esa noche le tocaba hacer guardia al indio Baltasar, hombre de confianza del capitán Pedro Zurita, propietario de la goleta *Medusa*.

En sus años mozos, Baltasar había sido famoso pescador de perlas: podía permanecer bajo el agua noventa y hasta cien segundos, el doble de lo común.

“¿Por qué así? Pues muy sencillo, porque en nuestra época sabían enseñar y lo hacían desde la misma infancia -les decía Baltasar a los principiantes-. Yo tendría unos diez años cuando mi padre me hizo aprendiz de don José, lugareño que enseñaba a doce jovenzuelos y lo hacía del modo siguiente: tiraba un guijarro blanco o una ostra al agua y ordenaba: ‘¡Bucea y tráemela!’. Seguidamente iba tirándola a lugares siempre más hondos. Quien volvía sin ella era azotado y lanzado al agua como un cachorro. ‘¡Bucea de nuevo!’. Así nos enseñó a bucear. Después comenzó a adiestrarnos en el arte de permanecer el mayor tiempo posible bajo el agua. El viejo y experto pescador bajaba al fondo, amarraba una canasta o una red al ancla, y nosotros debíamos bucear y desamarrarla. Pero que a nadie se le ocurriera aparecer en la superficie sin haber desatado el nudo, pues lo esperaba un latigazo.

Nos flagelaban sin piedad. Semejante maltrato no era soportable para cualquiera; no obstante, llegué a ser el mejor buzo de la comarca. Ahora sí, debo confesar que mis esfuerzos eran compensados con abundantes ganancias”.

Llegó la vejez, y Baltasar abandonó tan riesgoso oficio, con la pierna izquierda mutilada por un tiburón y una horrenda cicatriz en el costado. Abrió en Buenos Aires una tiendecita y se dedicó a vender perlas, corales, caracolas y otras rarezas del mar. Pero la vida en tierra firme lo aburría; su único alivio era buscar perlas, faena a la que se incorporaba con frecuencia. Los industriales le brindaban su simpatía y su aprecio, pues nadie mejor que Baltasar conocía la bahía de La Plata, sus aguas costeras y los lugares donde pululaban las ostras perlíferas. Los pescadores, su respeto. Nadie como él sabía contentar a todos: buzos y amos.

De los principiantes no guardaba secretos, les enseñaba cuanto estaba relacionado con el oficio: a retener la respiración, repeler ataques de tiburones y, cuando estaba de buen humor, hasta a sisarle al amo la mejor perla.

Los industriales, propietarios de goletas, lo apreciaban por su destreza, pues era un hombre a quien le bastaba una fugaz mirada para determinar, de modo infalible, el valor de la perla y seleccionar rápidamente las mejores para el amo.

Eso contribuía a que los industriales lo utilizaran gustosos en calidad de ayudante o asesor.

Sentado en un barril, Baltasar se deleitaba fumando un habano. La luz de un farol, colgado del mástil, iluminaba su rostro araucano: ovalado, sin pómulos abultados, nariz perfecta y grandes ojos. Los párpados de Baltasar caían como si fueran de plomo y se tornaban perezosos al abrirse. Estaba dormitando. Pero si sus ojos dormían, los oídos permanecían alerta. Vigilaban y advertían la inminencia del peligro, incluso si Baltasar se hallaba en el más profundo sopor. Pero en este preciso momento Baltasar solo oía suspiros y el farfullar de los durmientes. Desde la orilla llegaba el pestilente olor a ostras perlíferas en putrefacción: las dejaban pudrirse para sacarles con más facilidad las perlas ya que el molusco vivo es más difícil de abrir. Para quien no esté habituado, ese olor le resultará

repugnante, pero Baltasar lo inhalaba con satisfacción. A un vagabundo, un buscador de perlas como él, ese olor lo arrulla y le recuerda las alegrías que ofrece la vida libre y los emocionantes peligros que entraña el mar.

Tras sacarles las perlas, las caracolas más grandes eran trasladadas a bordo del *Medusa*. Como buen negociante, Zurita vendía esas caracolas a una fábrica productora de botones y gemelos.

Baltasar dormía. El relajamiento debilitó muy pronto la presión de los dedos que, al aflojarse, soltaron el puro. La cabeza le cayó sobre el pecho.

Pero a su conciencia llegó un sonido extraño, procedente del océano. El sonido volvió a repetirse más cerca. Esta vez Baltasar abrió los ojos. Era como si alguien tocara una trompa y luego una joven y alegre voz humana gritara: “¡Ah!” y luego una octava más alto: “¡Ah-ah!”.

El melodioso sonido de la trompa no se asemejaba al desapacible de la sirena de un vapor; tampoco la alegre exclamación se parecía, en modo alguno, al grito de auxilio de un náufrago. Era algo nuevo, insólito. Baltasar se puso en pie, y la sensación de que la noche había refrescado súbitamente se apoderó de él. Fue hacia la borda y escrutó el espejo del océano. Ni un alma. El silencio era ensordecedor. Baltasar pateó a un indio que yacía a sus pies y, apenas incorporado este, le dijo en voz muy baja:

— Grita. Debe ser él.

— No lo oigo —respondió también bajito el indígena, todavía de rodillas y tratando de oír lo que le decían. En ese preciso momento volvieron a romper súbitamente el silencio la trompa y el grito:

— ¡Ah-ah...!

Al oír el sonido, el indio se agachó como si le hubieran soltado un latigazo.

— Sí, debe ser él —profirió el indígena, castañeteando los dientes del susto.

Despertaron los demás pescadores. Y como si bus-

caran protección contra la noche en los débiles rayos de la amarillenta luz, fueron arrastrándose hacia el lugar iluminado por el farol. Estaban sentados, apretujándose unos contra otros, afinando el oído. El sonido de la trompa y la voz llegaron esta vez desde la lejanía, y todo quedó inmerso en profundo silencio.

—Es él... eh...

—El “demonio marino” —susurraron los pescadores.

—¡No podemos permanecer más aquí!

—¡Es más horrible que un tiburón!

—¡Llamen al amo!

Se oyeron pasos de pies descalzos. Pedro Zurita —amo de la goleta— apareció en cubierta bostezando y rascándose el velludo pecho. Venía desnudo de medio cuerpo, vistiendo solo calzón de lienzo y revólver al cinto. Se acercó a la gente y el farol le iluminó el somnoliento rostro bronceado, el espeso cabello ondulado —caído en mechones sobre la frente—, las negras y pobladas cejas, el retorcido mostacho y una pequeña barbita entrecana.

—¿Qué pasa?

Su ruda y serena voz, así como su aire de hombre seguro de sí mismo tranquilizaron a los indios.

Todos quisieron hablar al mismo tiempo.

Baltasar los hizo callar con un ademán, y dijo:

—Hemos oído la voz del... del “demonio marino”.

—¡Pura imaginación! —respondió Pedro somnoliento todavía, y dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—No, nada de imaginación. ¡Todos hemos oído “ah-ah” y el sonido de la trompa! —gritaron los pescadores.

Baltasar los acalló con el mismo gesto y prosiguió:

—Yo mismo lo he oído. Así solo puede berrear el “diablo”. En el mar nadie grita ni berrea así. Debemos irnos de aquí cuanto antes.

—Cuentos —profirió con la misma flojera Pedro Zurita.

Al amo no le hacía ninguna gracia tener que embar-

car ahora las hediondas ostras en proceso de putrefacción y levar anclas. Pero no consiguió persuadir a los indios, quienes daban muestras de verdadera zozobra, gesticulaban, gritaban, amenazaban con desembarcar al día siguiente e irse a pie a Buenos Aires, si Zurita no levaba anclas.

—¡Que los parta un rayo a ustedes y al “demonio marino”! Bien, zarparemos con el alba. —Y, sin dejar de rezongar, el capitán se retiró a su camarote.

Pero ya se había desvelado. Encendió la lámpara, prendió su cigarro puro y comenzó a pasearse por el reducido camarote. Pensaba en el extraño ente que, desde hacía cierto tiempo, había aparecido en aquellas aguas, infundiendo pavor a pescadores y costeros.

Nadie había visto todavía al monstruo, pero él ya se había hecho sentir en diversas ocasiones. Sobre su existencia corrían fábulas, contadas por los marineros a media voz, tal era el miedo que tenían de ser oídos por él.

Unos decían ser perjudicados por su presencia; otros, inesperadamente, beneficiados. “Es el Dios del mar -decían los indios más viejos-, que emerge cada milenio de las profundidades oceánicas para restablecer la justicia en la Tierra”.

Para los supersticiosos españoles -persuadidos por los sacerdotes católicos- era el demonio marino, que se le aparecía a la gente olvidadiza e irrespetuosa para con la sagrada iglesia católica.

Esos rumores llegaron de boca en boca hasta Buenos Aires. El “demonio marino” devino, durante varias semanas, pasto de cronistas y panfletistas en la prensa menos prestigiosa. Todo naufragio de goletas o pesqueros en circunstancias imprecisas, ruptura de redes o desaparición de peces capturados se le atribuía al “demonio marino”. No obstante, había quien contaba que se dieron casos en los que echó grandes peces a botes de pescadores y, en cierta ocasión, hasta salvó a un náufrago.

Hubo incluso un hombre que aseveraba lo siguien-

te: cuando él comenzó a hundirse, alguien lo sostuvo por la espalda y, manteniéndolo a flote, lo llevó hasta la orilla, desapareciendo en las olas apenas el salvado pisó la arena.

Lo más asombroso era que nadie había logrado ver al “diablo”, ni podía describir al enigmático ser. No faltaron, naturalmente, “testigos oculares”. Estos pintaban al monstruo con cornamenta, barba de chivo, zarpas de león y cola de pez, o en forma de gigantesco sapo con cuernos, y piernas de hombre.

Las autoridades de Buenos Aires, al principio, no prestaron atención a ese tipo de rumores y publicaciones, pues los consideraban mera fantasía.

Pero la inquietud cundía en tal grado, fundamentalmente en los medios pesqueros, que muchos pescadores decidieron no salir a navegar. La captura se vio reducida de inmediato, y, como consecuencia, también disminuyó la oferta en el mercado. Esto obligó a las autoridades a investigar el caso, y a enviar con ese fin varias embarcaciones a vapor y lanchas motoras de la guardia costera con la misión de “detener al sujeto que sembraba el pánico entre la población del litoral”.

La policía se pasó dos semanas surcando la bahía de La Plata y recorriendo sus costas, pero solo pudo arrestar a varios indios como difusores de falsos rumores, con los que contribuían a propagar y exacerbar la inquietud. El “diablo” seguía imperceptible.

El jefe de la policía hizo público un edicto especial, en el que patentizaba la inexistencia de “diablo” alguno y afirmaba que los rumores al respecto no eran más que vanas imaginaciones de gente ignorante, ya arrestada, y que llevaría el merecido castigo. Persuadía a los pescadores a omitir esos rumores y reanudar la pesca.

Esto contribuyó a que la gente se tranquilizara por cierto tiempo. Pero las bromas del “demonio” no cesaban.

Cierta noche, unos pescadores que se hallaban lejos de la orilla se despertaron al oír los balidos de un corde-

rito, aparecido milagrosamente en la cubierta del barco. Otros hallaron sus redes rotas y raídas.

Contentos por la reaparición del “diablo”, los periodistas esperaban ahora la explicación científica del fenómeno.

Y esta no se hizo esperar.

Los científicos opinaban que en el océano no podía existir monstruo marino alguno ignorado por la ciencia y, sobre todo, capaz de realizar hechos propios exclusivamente del hombre. “Otro asunto sería -decían los doctos en la materia- si ese ser apareciera en las profundidades oceánicas, escasamente estudiadas aún”. Pero no podían admitir que el supuesto ser pudiera obrar de modo razonable. Al igual que el jefe de los carabineros, los científicos consideraban que todo eso parecía, más bien, travesuras de algún incivilizado.

Pero no todos los eruditos compartían esa opinión.

Hubo quienes alegaron al célebre naturalista suizo Konrad von Gesner, a quien se le debe la descripción de la virgen, el diablo, el monje y el obispo, todos ellos marinos.

“En última instancia, mucho de lo previsto por los sabios de la antigüedad y del Medioevo se ha venido a justificar pese a la evidente hostilidad mostrada por la nueva ciencia respecto a las doctrinas antiguas. La creación del Señor es inagotable, y a nosotros, los científicos, nos corresponde ser más modestos y prudentes que nadie a la hora de hacer conclusiones”, decían algunos sabios formados a la antigua.

Lo cierto es que no resultaba fácil considerar sabios a aquellos modestos y prudentes señores, pues tenían más fe en los milagros que en la misma ciencia, y sus conferencias eran, más bien, prédicas.

En definitiva, para dirimir la controversia se decidió enviar una expedición científica.

Los integrantes del grupo no tuvieron la suerte de encontrarse con el “diablo”, pero sí reunieron copiosa in-

formación sobre la forma de obrar del “anónimo sujeto” (los científicos más entrados en años insistían en que el vocablo “sujeto” fuera sustituido por el de “ser”, a su modo de ver, más idóneo).

El informe publicado en la prensa por los integrantes de la expedición, decía:

“1°. En algunos bancos de arena se observaron huellas de estrechos pies humanos que salían del mar y volvían a entrar. Pero podrían pertenecer a un hombre que hubiera arribado en lancha.

2°. Las redes examinadas presentan cortes practicados con objeto cortante. Podrían haberse roto al engancharse en rocas submarinas, o en restos metálicos de barcos hundidos.

3°. Según relatos de testigos oculares, un delfín lanzado por la tormenta a la orilla, a considerable distancia del agua, fue devuelto por la noche al mar. Es más, el autor del hecho dejó las improntas de sus pies con largas uñas en la arena. Seguramente se habrá compadecido del delfín algún caritativo pescador.

Es notorio que cuando los delfines se disponen a cazar arrinconan previamente peces en lugares de escasa profundidad, ayudando así a los pescadores. Estos, a su vez, corresponden sacando con frecuencia de apuros a los delfines. Las huellas de las uñas podrían pertenecer perfectamente a dedos de pies humanos; siempre y cuando la imaginación se encargara de concederles la forma de uña.

4°. El corderito pudo haber sido llevado en lancha y lanzado al barco por algún gracioso”.

Los científicos hallaron varias causas más, no menos sencillas, que, a su modo de ver, debían explicar el origen de las huellas dejadas por el “demonio”.

En definitiva, el veredicto de los eruditos fue el siguiente: no existe monstruo marino capaz de realizar tan complicadas operaciones.

Sin embargo, esas explicaciones dejaron insatisfe-

chos a muchos. Semejantes dilucidaciones han sido consideradas problemáticas hasta en los medios científicos. Ni el gracioso más ocurrente, hábil y astuto habría podido hacer todo eso sin ser advertido. Pero los eruditos habían omitido en su informe algo muy importante. Ese algo consistía en que el “demonio”, según se había establecido, realizaba sus hazañas en lugares muy distantes uno del otro y en lapsos brevísimos. Resultaba que el “demonio” o era un nadador fantástico, o utilizaba dispositivos especiales, o eran varios. Pero entonces todas esas diabluras se tornaban más incomprensibles y amenazadoras.

Pedro Zurita evocaba esa enigmática historia sin cesar un instante de ir y venir por el camarote. Sumido en esas meditaciones, lo sorprendió la aurora; por la portilla entraba un rayo de luz rosada. Pedro apagó la lámpara y comenzó a lavarse.

Se refrescaba la cabeza con agua tibia cuando oyó temerosos gritos procedentes de cubierta. Sin terminar de lavarse, Zurita subió presuroso por la escalera.

Desnudos, llevando como única prenda el taparrabo, los pescadores se agolpaban junto a la borda, agitando los brazos y gritando desconcertados. Pedro miró hacia abajo y vio que los botes, dejados por la noche en el agua, estaban desamarrados. La brisa nocturna se los había llevado hacia el océano, bastante lejos. Y ahora, la brisa matinal los iba arrimando lentamente a la orilla. Los remos flotaban dispersos por la bahía.

Zurita ordenó a los buzos reunir los botes. Pero ninguno de ellos se atrevió a abandonar el puente. Zurita repitió la orden.

Alguien dijo con imprudencia:

—Si eres tan valiente, lánzate a las garras del “demonio”.

Zurita llevó la mano al revólver. Los hombres se replegaron hacia el mástil mirando con hostilidad al capitán. La colisión parecía irremediable. Pero, como siempre en

situaciones por el estilo, fue Baltasar quien contribuyó a relajar la tensión.

—El araucano no teme a nadie —exclamó—, el tiburón no pudo devorarme del todo, el “demonio” tampoco podrá con mi osamenta, se atragantará.

Tras decir esto, juntó las manos sobre la cabeza y se lanzó al agua, dirigiéndose a nado al bote más próximo. Los buzos volvieron a la borda y miraban atemorizados a Baltasar quien, pese a su avanzada edad y a la pierna destrozada, nadaba maravillosamente. En varias brazadas el indio alcanzó el bote, recogió un remo que flotaba cerca, y subió a la embarcación.

—¡La sogá está cortada con cuchillo —gritó desde el bote—, y bien cortada está! Se ve que tenía el filo como el de una navaja de afeitar.

Al ver que a Baltasar no le había pasado nada, varios buzos siguieron su ejemplo.

Montado sobre un delfín

El Sol acababa de salir, pero achicharraba ya sin piedad. El cielo, de argentado azul, estaba absolutamente despejado, y el océano parecía una balsa de aceite. El *Medusa* se hallaba a veinte kilómetros al sur de Buenos Aires. Obedeciendo el consejo de Baltasar, fondeó en una pequeña bahía cerca de una costa acantilada que emergía del agua en forma de dos enormes terrazas.

Los botes se esparcieron por la bahía. Cada uno llevaba, como era costumbre, dos buzos que se alternaban en sus funciones: uno buceaba y el otro lo sacaba. Luego, viceversa.

Una de las lanchas se aproximó considerablemente a la orilla. El buzo abrazó con los pies una gran piedra de coral, sujeta al extremo de la sogá, y bajó rápidamente al fondo.

El agua estaba tibia y transparente, se veían con niti-

dez las piedras del fondo. Más hacia la orilla parecían estar arraigados corales, inmóviles arbustos de los jardines submarinos. Pequeños peces, dorados y plateados, se paseaban por los paradisíacos vergeles.

Ni bien tocó fondo, el buzo se agachó y comenzó a arrancar ostras y a ponerlas en la red que llevaba en el cinturón. Su compañero sostenía el otro extremo de la sog a y, recostado sobre la borda del bote, miraba a través del agua cristalina.

Vio, de repente, que el buzo se puso rápidamente de pie, se aferró de la sog a y dio tal tirón que faltó muy poco para que el compañero saliera por la borda. La sacudida zarandéo el bote. El indio apostado en la lancha se apuró a subir al compañero y lo ayudó a encaramarse en la embarcación. La respiración del hombre que acababa de salir del agua era tan dificultosa que le obligaba a abrir tremendamente la boca, y los ojos se le saltaban de las órbitas. Su bronceado rostro se tornó gris, tal era su palidez.

—¿Un tiburón?

El buzo no acertó a responder y rodó al fondo del bote.

¿Qué lo habrá podido asustar tanto? El indio miró por la borda y comenzó a examinar el agua. Efectivamente, algo sucedía allí. Los pececitos, cual pajaritos al ver un halcón, se apresuraban a buscar refugio en los frondosos matorrales submarinos.

De pronto, el indio vio cómo por detrás de una roca aparecía algo semejante a un humo rojizo. El humo se disipaba lentamente, tiñendo el agua de color rosa. Seguidamente surgió algo oscuro. Ese algo viró lentamente y se perdió tras un saliente de la roca. El humo purpúreo en el fondo del mar solo podía ser sangre. ¿Qué habrá sucedido? El indio miró a su compañero, pero este yacía supinado, inmóvil, respirando ansioso con la boca y la mirada ausente clavada en el cielo. El indio comenzó a remar inmediatamente hacia el *Medusa*, temeroso por la vida de su compañero.

Al fin el buzo se recuperó, pero parecía haber perdido el hábito de hablar: solo mugía, sacudía la cabeza y resoplaba.

Los pescadores que se hallaban en ese momento en la goleta rodearon al buzo, esperando impacientes sus explicaciones.

—¡Habla de una vez! —le gritó, al fin, un joven indio que sacudía vigorosamente al buzo—. Habla, o te arranco de cuajo esa alma de cobarde que anida en tu pecho.

El buzo meneó la cabeza y dijo con voz sorda:

—He visto... al “demonio marino”.

—¿Al mismo...?

—¡Pero desembucha, pronto! —gritaban impacientes los pescadores.

—De pronto vi que se me venía encima un tiburón. Venía directo a mí. “Ha llegado mi último instante”, pensé. Era enorme, negro, y ya había abierto la boca, disponiéndose a devorarme. Pero en ese instante veo que se aproxima...

—¿Otro tiburón?

—¡El “demonio”!

—¿Cómo es? ¿Tiene cabeza?

—¿Cabeza? Sí, creo que sí. Los ojos son como vasos.

—Si tiene ojos tiene que tener cabeza —manifestó con seguridad el joven indio—. Los ojos han de estar clavados a algo. Y zarpas, ¿tiene?

—Como las ranas. Los dedos largos, verdes, con uñas y unidos por membranas. El cuerpo le brilla como si estuviera cubierto de escamas. Se acercó al tiburón, le relució la zarpa y ¡zas! La panza del tiburón comenzó a chorrear sangre...

—¿Y cómo son sus piernas? —inquirió uno de los pescadores.

—¿Las piernas? —el buzo trató de hacer memoria—. No tiene piernas. Solo una gran cola con dos culebras al final.

—¿Cuál de los dos te asustó más, el tiburón o el monstruo?

—El monstruo —respondió sin vacilar—. Aunque me salvó la vida. Pero era él...

—Sí, era él.

—El “demonio marino” —profirió el indio.

—El “Dios marino” —lo corrigió un indígena anciano—, que acude en ayuda de los desposeídos.

La noticia llegó con extraordinaria celeridad a los botes esparcidos por la bahía. Los pescadores se apresuraron a regresar a la goleta y a subir las lanchas a bordo.

Se agolparon en torno al buzo, salvado por el “demonio marino”, que les repetía una y otra vez el relato, siempre aderezado con nuevos detalles. Recordó, por ejemplo, que el monstruo despedía llamas rojas por las fosas nasales, y sus dientes eran afilados y largos como los dedos de las manos; que movía las orejas, tenía aletas laterales y larga cola a modo de remo.

Pedro Zurita, desnudo de medio cuerpo, en blanco calzón corto, calzando grandes zapatos a pie desnudo y cubierto con sombrero de paja, se paseaba por la cubierta prestando oído a las conversaciones.

Cuanto más se entusiasmaba el narrador, más se persuadía Pedro de que todo aquello era fruto de la imaginación del buzo, inspirado por el susto que se había llevado al ver cómo se le venía encima el escualo.

“Aunque no podía ser todo de su cosecha, pues alguien le tenía que haber rajado el vientre al tiburón: el agua se había tornado, realmente, sanguinolenta. El indio miente, no cabe duda, pero en eso algo verídico hay. Qué historia tan extraña, ¡maldita sea!”.

En ese preciso momento, las reflexiones de Zurita se vieron interrumpidas por el sonido de la trompa, salido inesperadamente desde más allá de la roca.

Cual tremenda tronada, el sonido dejó atónita a la marinería del *Medusa*. El murmullo cesó de inmediato,

los rostros palidecieron. Aquellos hombres miraban, con supersticioso pavor, hacia donde se había sentido el trompetazo.

Cerca del peñasco retozaba a flor de agua un cardumen de delfines. Uno de ellos se separó de los demás, dio un fuerte resoplido -como si respondiera a la señal de la trompeta-, se dirigió velozmente hacia la roca y desapareció tras los peñascos. Transcurrieron varios instantes de angustiosa espera. De repente, desde la cubierta de la goleta vieron cómo por detrás del peñasco apareció el delfín. Sobre su lomo iba a horcajadas, como en brioso corcel, un extraño ser: el “demonio” recién descrito por el buzo. El monstruo tenía cuerpo de hombre, enormes ojos -semejantes a antiguos relojes de bolsillo-, que relucían bajo los rayos solares cual faros de automóvil; la piel era de delicado azul plateado, las manos, como las de las ranas: color verde oscuro, largos dedos y membranas entre ellos. De la rodilla para abajo las piernas iban hundidas en el agua, por lo que resultaba imposible apreciar si terminaban en forma de cola, o eran como las humanas. Aquel extraño ser sostenía en la mano una larga caracola que hizo sonar de nuevo a modo de trompa, soltó una alegre carcajada como cualquier humano, y gritó de súbito en castellano puro: “¡Apúrate, Leading, adelante!”. Golpeó cariñosamente con su mano de rana el brillante lomo del cetáceo y lo espoleó, golpeándole los costados con las piernas. El delfín, cual buen corcel, aceleró la marcha.

A los pescadores se les escapó un grito.

El insólito jinete se volvió, y al ver a la gente se deslizó como una lagartija del delfín, ocultándose tras el cuerpo de este. Solo se vio una mano verde que asomó por encima del lomo y golpeó al animal. El delfín, obediente, se sumergió junto con el monstruo.

La extraña pareja describió un semicírculo bajo el agua y desapareció tras un arrecife...

El insólito espectáculo no duró más de un minuto,

pero los espectadores tardaron en recuperarse del asombro.

Lo que se formó en cubierta fue un verdadero alboroto, los pescadores gritaban, corrían con las manos a la cabeza. Los indios se hincaban de rodillas suplicando clemencia al Dios del mar. El joven mexicano subió, del susto, al palo de vela mayor y comenzó a gritar. Los negros bajaron a la bodega y se acurrucaron en un rincón.

Todo venía a indicar que la situación no era la más propicia para reanudar la faena. A Pedro y a Baltasar les costó un triunfo restablecer el orden. El *Medusa* levó anclas y puso proa hacia el Norte.

Zurita sufré un revés

El capitán del *Medusa* bajó al camarote para reflexionar sobre lo sucedido.

—¡Es para volverse loco! —profirió Zurita, mientras se refrescaba la cabeza con un jarro de agua tibia—. ¡El monstruo marino habla un castellano perfecto! ¿Qué significará esto? ¿Una brujería? ¿Una locura? Pero, no puede ser que se vea afectada simultáneamente de locura toda la marinería. Es imposible, incluso, que dos personas tengan el mismo sueño. Pero todos hemos visto al “demonio marino”. Eso es incuestionable. Y por inverosímil que pueda parecer, existe. —Zurita volvió a refrescarse la cabeza con agua y la asomó por la portilla, exponiéndola a la brisa—. Sea como fuere —prosiguió algo más tranquilo—, ese monstruoso ser está dotado de razón y puede obrar de acuerdo a ella. Por lo visto, se siente tan bien bajo el agua como en la superficie. Y, para colmo, habla castellano. Esto facilitará notablemente el entendimiento. Se lo podría... quiero decir que se lo podría cazar, domesticar y hacerle pescar ostras. Ese sapo, con su aptitud para vivir en el agua, podría reemplazar a todo un equipo de pescadores. ¡Menudo negocio! A cada pescador, quiérase o no, hay que darle la cuarta parte de la captura. Ese sapo, sin

embargo, saldría gratis. Con él se podría hacer, en poco tiempo, un capitalazo; ganar centenares de miles, millones, ¡muchísimo dinero!

Y Zurita dio rienda suelta a la imaginación. Siempre había soñado con hacerse rico, buscando madreperlas donde nadie las pescaba. Zonas perlíferas tan famosas como el Golfo Pérsico, las costas occidentales de Ceilán, el Mar Rojo y las aguas australianas estaban demasiado lejos, además, se venían explotando desde hacía mucho tiempo. ¿Probar suerte en el golfo de México, el de California, la isla Margarita o...? La goleta de Zurita estaba demasiado deteriorada para realizar travesías hacia costas venezolanas, donde se criaban las mejores perlas americanas. Le faltaban pescadores. El negocio requería ser ampliado, y al patrón le faltaba plata. Eso lo había obligado a limitarse a faenar en aguas argentinas. ¡Pero ahora! Ahora podría enriquecerse en un año. Solo necesitaba una cosa: cazar al “demonio marino”.

Sería el hombre más rico de Argentina, tal vez de América. El dinero le desbrozaría el camino al poder. El nombre de Pedro Zurita estaría en boca de todo el mundo. Pero hay que ser muy comedido. Lo principal es saber guardar el secreto.

Zurita subió al puente, reunió a los marineros — hasta al cocinero — y les dijo:

— ¿Ustedes saben la suerte que corrieron quienes se aventuraron a difundir rumores sobre el “demonio marino”? Pues entérense: la policía los detuvo y están en la cárcel. Debo advertirles que lo mismo les sucederá a cuantos se les ocurra jactarse de haber visto al “demonio marino”. Irán a dar con sus huesos en el presidio. ¿Entendido? Pues bien, si no los ha hastiado todavía la vida, olvídense del “demonio” y ni una palabra sobre él.

“Igual no se lo va a creer nadie. Se parece demasiado a un cuento”, pensó Zurita, mientras hacía pasar a Baltasar a su camarote para confiarle el plan, y hacerlo su único

confidente.

Baltasar escuchó atentamente al patrón y, tras breve pausa, repuso:

—Sí, sería fenómeno. El “demonio marino” valdría por centenares de buzos. No estaría mal tener a nuestro servicio a ese “demonio”. Pero, ¿cómo cazarlo?

—Con red —respondió Zurita.

—La cortará, igual que le rajó el vientre al tiburón.

—Podemos encargar una metálica.

—¿Y quién lo va a cazar? Nuestros buzos empiezan a temblar en cuanto les mencionan al “demonio”. No se atreverían ni por un saco de oro.

—Baltasar, y tú, ¿te atreverías?

El indio se encogió de hombros.

—Jamás he cazado “demonios marinos”. Se lo podría acechar y, si es de carne y hueso, matarlo; eso no sería difícil. Pero usted lo necesita vivo.

—Baltasar, ¿no le tienes miedo? ¿Qué opinas del “demonio marino”?

—¿Qué puedo opinar del jaguar que sobrevuela los mares, o del tiburón que trepa a los árboles? A la fiera desconocida siempre se le teme más. Pero me encanta cazar animales fieros.

—Te aseguro que la recompensa será generosa.

—Zurita le estrechó la mano y continuó desarrollando su plan—. Cuantos menos participen, mejor. Trata este asunto con los araucanos. Es gente valiente, ingeniosa. Si los nuestros no accedieran, busca entre otros. El “demonio” se mantiene junto a la orilla. Hay que localizar su guarida. Así caerá en la red con más facilidad.

Zurita y Baltasar se enfrascaron de lleno en el asunto. Por encargo del patrón se elaboró una red de alambre, semejante a un enorme tonel sin fondo. En el interior del retel se colocaron redes de cáñamo para que el “demonio” se enredara en ellas como en una telaraña. La tripulación fue despedida. De toda la marinería del *Medusa* Baltasar

solo consiguió persuadir a dos araucanos para que participaran en la cacería del “demonio”. A los otros tres los reclutó en Buenos Aires.

Decidieron acechar al “demonio” en la bahía donde la tripulación del *Medusa* lo vio por primera vez. Para no despertar sospechas del monstruo, la goleta ancló a varios kilómetros del lugar previsto. Zurita y sus acompañantes se dedicaban a pescar, de vez en cuando, como si eso fuera el objetivo de su presencia. Simultáneamente, tres de ellos se turnaban atalayando desde la orilla lo que sucedía en la bahía.

Tocaba su fin la segunda semana, pero el “demonio” no aparecía por parte alguna.

Baltasar trabó amistad con la gente costanera, rancheros indios a quienes vendía pescado a bajo precio y, conversando con ellos sobre los avatares de la vida, les sonsacaba información acerca del “demonio marino”. De esa forma el viejo indio se enteró de que el lugar elegido para el acecho era el más adecuado: muchos indios, de los que residían más cerca de la costa, habían oído los trompetazos y detectado sus pisadas en la arena. Aseveraban que los talones del “demonio” eran como los humanos, pero los dedos, mucho más largos. En ocasiones los indios advertían en la arena la impronta de su espalda, solía acostarse en la playa.

El “demonio” no causaba daño alguno a los lugareños, y estos dejaron de prestar atención a las huellas que él, de vez en cuando, solía dejar, patentizando así su presencia. Pero nadie afirmaba haberlo visto.

El *Medusa* permaneció en la bahía dos semanas haciendo ver que pescaba. Durante esas dos semanas Zurita, Baltasar y los indios contratados no le quitaron ojo a la superficie del mar, pero el “demonio marino” no aparecía. Zurita comenzó a inquietarse. Era impaciente y avaro. Cada día costaba dinero y ese “demonio” se estaba haciendo esperar. Pedro comenzó a vacilar. Si ese monstruo resultaba ser sobrenatural, no se lo iba a poder cazar con

ningún tipo de red. Y no solo eso, resultaría riesgoso enfrentarse a un diablo como ese: Zurita era supersticioso. ¿Qué hacer? ¿Traer al *Medusa*, por si acaso, un sacerdote con cruz y custodias? Pero eso supondría mayores gastos. O, tal vez, ¿el “demonio marino” no sería demonio alguno sino un bromista, buen nadador, disfrazado de diablo para asustar a la gente? ¿El delfín? ¡Bah! Eso no significa nada, se lo puede domar y adiestrar como a cualquier animal. ¿No sería preferible abandonar esta empresa?

Zurita prometió recompensar al primero que descubriera al “demonio”, y decidió esperar varios días más.

Cuál sería su alegría cuando, por fin, al comienzo de la tercera semana, el monstruo apareció.

Tras concluir la pesca diurna, Baltasar dejó en la orilla una lancha llena de pescado y fue a visitar a un indio amigo que vivía en un rancho cercano. A la mañana siguiente la vecindad debía acudir a comprar el pescado. Pero al regresar vio que la lancha estaba vacía. Baltasar comprendió de inmediato que era una fechoría del “demonio”.

—¿Será posible que se haya zampado tanto pescado? —exclamó sorprendido Baltasar.

Aquella misma noche uno de los indios vigías oyó el sonido de la trompa en la parte sur de la bahía. Dos días después, bien de mañana, un joven araucano comunicaba que, al fin, había conseguido localizar el “demonio”. Este había llegado con el delfín, pero no montado, como la vez anterior, sino remolcado, asido de un ancho collar de cuero. Una vez en la bahía, el “demonio” le quitó el collar, golpeó cariñosamente al animal y se sumergió al pie de un acantilado. El delfín emergió y desapareció.

Zurita escuchó el relato del araucano, le agradeció el informe y, tras prometerle recompensa, profirió:

—Es muy dudoso que hoy el “demonio” salga de su madriguera. Debemos aprovecharlo para efectuar el reconocimiento del fondo. ¿Quién se ofrece?

Nadie quería descender al fondo y arriesgarse a ver-

se cara a cara con el monstruo.

Baltasar se adelantó.

—¡Yo lo haré! —dijo tajante. Baltasar cumplió lo prometido.

El *Medusa* seguía anclado. Excepto los marineros de guardia, los demás desembarcaron y se dirigieron al acantilado de la bahía.

Baltasar se amarró una soga —para que pudieran sacarlo si resultara herido—, tomó un cuchillo, sujetó entre las piernas una piedra, y descendió al fondo.

Los araucanos esperaban impacientes su retorno con la mirada clavada en la mancha que se divisaba en las azuladas tinieblas del fondo, sobre el que proyectaban sus sombras las rocas. Transcurrieron cuarenta, cincuenta segundos, un minuto, pero Baltasar no retornaba. Finalmente, le dio un tirón a la soga y lo sacaron a la superficie. Cuando recuperó el aliento, dijo:

—Un angosto paso conduce a una gruta. Está tan oscuro como en la panza de un tiburón. El “demonio marino” solo podrá ocultarse en esa caverna. En torno a dicha entrada la roca es absolutamente lisa.

—¡Magnífico! —exclamó Zurita—. Está oscuro, tanto mejor. Tenderemos nuestras redes y el pececito caerá.

Apenas se puso el Sol, los indios bajaron las redes de alambre, sujetas con fuertes sogas, y las colocaron a la entrada de la gruta. Los cabos fueron amarrados a la orilla. Baltasar colgó de las sogas unas campanillas cuyo sonido debía anunciar el mínimo contacto con las redes.

Zurita, Baltasar y los cinco araucanos se sentaron en la orilla a la expectativa.

En la goleta no había quedado nadie.

Oscurecía rápidamente. Salió la Luna y su luz se reflejó en la superficie del océano. Imperaba la quietud y el silencio. La probabilidad de que, de un momento a otro, pudieran ver al extraño ser que infundía pavor a pescadores y buscadores de perlas, suscitaba insólita emoción en

los presentes.

El tiempo transcurría con extraordinaria lentitud. Los hombres comenzaban a dormitar.

De pronto, sonaron las campanillas. Los agazapados se pusieron de pie de un salto, corrieron hacia las sogas y empezaron a tirar con fuerza de la red. Se sentía evidentemente pesada. Algo se estremecía en ella, y hacía trepidar las cuerdas.

El aparejo emergió, al fin, en la superficie. En él se retorció el cuerpo de un ser semihumano-semibestia. Bajo la pálida luz lunar relucían unos enormes ojos y escamas plateadas. El “demonio” realizaba extraordinarios esfuerzos, tratando de liberar una mano que se le había enredado. Luego de haberlo conseguido, comenzó a cortar vigorosamente la red con un cuchillo que llevaba colgado de una fina correa a la cintura.

— ¡Inútiles esfuerzos, no lo conseguirás! — dijo en voz baja Baltasar, entusiasmado con la caza.

Pero quedó pasmado al ver cómo el cuchillo superaba, con relativa facilidad, el obstáculo que suponía el alambre. El “demonio” ensanchaba con diestros golpes la abertura, mientras los pescadores se apuraban a sacar la red a la orilla.

— ¡Más fuerte! ¡Arriba! ¡Arriba! — gritaba Baltasar.

Pero en el mismo momento en que la presa parecía estar ya en sus manos, el “demonio” se deslizó por la abertura y cayó al agua, levantando un surtidor de relucientes salpicaduras, y desapareciendo en la profundidad.

Los pescadores, desesperados, soltaron la red.

— ¡Excelente cuchillo! ¡Hasta el alambre corta! — dijo Baltasar con evidente admiración en la voz—. Los herberos submarinos son más expertos que los nuestros.

Con la cabeza gacha, Zurita miraba el agua como si se hubiera tragado todo su patrimonio.

Alzó luego la cabeza, dio un tirón al mostacho y pateó el suelo con rabia.

—¡No, te equivocas! —gritó—. Antes de que yo ceda te pudrirás en tu gruta. ¡No escatimaré dinero, traeré buzos con escafandras, cubriré la bahía de redes y trampas, pero no te escaparás!

Era valiente, perseverante y obstinado. No en vano corría sangre de conquistadores españoles por las venas de Pedro Zurita. Además, valía la pena.

El “demonio marino” no resultó ser sobrenatural ni todopoderoso. Era, obviamente, de carne y hueso, como decía Baltasar. Eso significaba que podía ser cazado, encadenado y obligado a extraer, para Zurita, riquezas submarinas. Baltasar lo conseguirá aunque el mismo Neptuno salga en defensa del “demonio marino” con su tridente.

Don Salvador

Zurita comenzó a poner en práctica su amenaza. Colocó numerosos alambrados en el fondo de la bahía, tendió redes en todas las direcciones y puso trampas. Pero no caían más que peces, el “demonio marino” parecía haberse esfumado. No volvió a aparecer, ni a dar señales de vida. En vano, el delfín amaestrado se presentaba todos los días en la bahía, buceaba y resoplaba, invitando a su insólito amigo a pasear. Su compadre no aparecía y el delfín resoplaba disgustado y se retiraba mar adentro.

El tiempo se estropeó. Un viento oriental provocó oleaje en el océano, las aguas de la bahía se enturbiaron a consecuencia de la arena levantada del fondo. Las espumosas crestas de las olas ocultaban cuanto sucedía en la profundidad. Resultaba imposible ver lo que pasaba bajo el agua.

Zurita se pasaba las horas en la orilla mirando cómo se sucedían las enormes olas, cayendo cual enormes ruidosas cataratas, y cómo las capas inferiores se deslizaban espumantes por la arena húmeda, haciendo rodar guijos y

caracolas, hasta lamerle los pies.

—No, esto no puede ser —decía Zurita—. Hay que idear algo distinto. El “demonio” vive en el fondo del mar y no quiere salir de su madriguera. Esto significa que para capturarlo hay que ir a su guarida, bajar al fondo. ¡Eso está clarísimo! —Y dirigiéndose a Baltasar, quien hacía una nueva y complicada trampa, le ordenó—. Te vas inmediatamente a Buenos Aires, traes un par de trajes isotérmicos y botellas de oxígeno para la escafandra autónoma. La habitual, con suministro de aire por manguera, no sirve en este caso. El “demonio” podría cortar la manguera. Además, la empresa podría requerir un pequeño viaje submarino. No te olvides de traer linternas.

—¿Se propone hacerle una visita al “demonio”? —inquirió Baltasar.

—Contigo, viejo, no faltaba más.

Baltasar asintió y partió.

A su regreso no solo trajo los isotérmicos y las linternas, sino un par de puñales curvos de bronce.

—Ahora ya nadie sabe hacerlos —dijo—. Son antiguos cuchillos araucanos. Con ellos mis antepasados rajaban a los blancos, a los antepasados de usted, con perdón sea dicho.

A Zurita la digresión histórica no le hizo ninguna gracia, pero celebró la idea de los puñales.

—Tú siempre tan precavido, Baltasar.

Al día siguiente, de madrugada, pese al fuerte oleaje, Zurita y Baltasar se pusieron los trajes isotérmicos y descendieron al fondo del mar. Tuvieron que trabajar duro para retirar las redes que obstruían la salida de la gruta submarina, y colarse por la angosta entrada. En la caverna la oscuridad era absoluta. Tras haber tocado fondo y desenvainado el cuchillo, los buzos encendieron las linternas. Los pececitos, al ver la luz, se espantaron, pero pronto se vieron atraídos por las linternas, retozando en su azulado haz cual enjambre de insectos.

Zurita los alejaba con la mano: el resplandor de las escamas lo ofuscaba. Era una gruta bastante espaciosa, no menos de cuatro metros de altura y cinco o seis de anchura. Los buzos examinaron minuciosamente hasta el último rincón. Estaba deshabitada. Solo algunos bancos de pequeños peces que, seguramente, hallaron allí amparo del fuerte oleaje y de los peces voraces.

Zurita y Baltasar avanzaron con suma precaución y prudencia. La gruta iba estrechándose. De pronto, Zurita se detuvo perplejo. La luz de la linterna arrancó de la oscuridad una fuerte reja de hierro que les cerraba el paso.

Zurita no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Se asió de los gruesos barrotes e intentó sacudirlos, tratando de abrir o, por lo menos, retirar el obstáculo. Pero la reja no cedía. Al volver a alumbrar, Zurita se persuadió de que la reja estaba bien asegurada en los labrados muros de la gruta, tenía goznes y cierre interno.

Un nuevo enigma.

El “demonio marino” no solo debe ser racional, sino extraordinariamente dotado. Ha sabido adiestrar al delfín, conoce la elaboración de metales. Además, ha creado en el fondo del mar fuertes obstáculos de hierro que protegen su guarida. Pero todo eso resulta inverosímil, pues no ha podido forjar el hierro bajo el agua. Esto ha de significar que no vive en el agua o, por lo menos, sale de ella por largos espacios de tiempo.

Zurita sentía que las sienes lo martillaban como si en el casco de buzo faltara oxígeno, y eso que hacía tan solo algunos minutos que se hallaba sumergido.

Le hizo una señal a Baltasar, ambos salieron de la gruta —ya no tenían nada que hacer allí—, y emergieron.

Los araucanos, que con tanta impaciencia los esperaban, se alegraron extraordinariamente al ver a los buzos sanos y salvos.

Tras despojarse del casco y cobrar aliento, Zurita inquirió:

—Dime, Baltasar, ¿qué opinas de esto?

El araucano hizo un gesto de desaliento:

—Le diré que vamos a tener que esperar sentados aquí mucho tiempo. El “demonio” seguramente se alimentará de peces, y allí abundan. Por hambre no conseguiremos hacerle salir de la gruta. Lo único que podríamos hacer sería dinamitar la reja.

—¿No crees que la gruta puede tener dos salidas: una submarina a la bahía, y otra, a tierra firme?

Baltasar no había pensado en eso.

—Hay que reflexionar. ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes explorar los alrededores?

Decidieron rectificar el error. En su recorrido por la costa, Zurita dio con un alto muro de piedra blanca que circundaba vasto predio, unas diez hectáreas. Zurita rodeó el muro de fábrica y no pudo encontrar más que un portón, de gruesas planchas de hierro, con postigo, también de hierro y provisto de cierre interno.

“Debe ser una cárcel o una fortaleza —pensó Zurita—. Que extraño. Los granjeros no suelen construir muros tan gruesos y altos. El muro es ciego, sin aberturas ni grietas, por las que se pueda atisbar lo que sucede en el interior”.

En muchos kilómetros a la redonda no hay un alma: el paraje es triste, está sembrado de rocas grises entre las que suelen aparecer escasos arbustos espinosos y cactus. Y abajo, la bahía.

Zurita anduvo varios días alrededor de aquellos muros, manteniendo fundamentalmente una actitud expectante respecto al portón. Pero nadie entró ni salió. Lo más curioso era que del interior no llegaba sonido alguno.

Apenas regresó al *Medusa*, Zurita llamó a Baltasar y le preguntó:

—¿Quién vive en la fortaleza que preside la bahía?

—Indagué entre los braceros de las granjas. El dueño de esa fortaleza es Salvador.

—¿Quién es Salvador?

—Un Dios —respondió Baltasar.

A Zurita se le arquearon, de asombro, sus pobladas y negras cejas.

—Siempre con tus bromas, Baltasar.

El indio esbozó una leve sonrisa.

—Solo digo lo que he oído. Muchos indios lo consideran una divinidad, su salvador.

—¿Y de qué los salva?

—De la muerte. Dicen que es omnipotente, que hace maravillas. Salvador tiene en sus manos los hilos de la vida y de la muerte. A los cojos les pone nuevas piernas —piernas vivas—, a los ciegos les devuelve vista de águila, y hasta consigue resucitar a muertos.

—¡Maldición! —rezongó Zurita, retorciéndose el mostacho hacia arriba—. En la bahía, el “demonio marino”; en el acantilado que domina la bahía, un “dios”. Baltasar, ¿no te parece que el “demonio” y el “dios” se las entienden y se ayudan mutuamente?

—Lo que me parece es que deberíamos largarnos de aquí lo más pronto posible, antes de que nuestros sesos se coagulen, como la leche cuajada, a causa de tantas maravillas.

—¿Ha visto personalmente a alguno de los curados por Salvador?

—Sí, lo he visto. Me mostraron a un hombre que tenía una pierna fracturada y, tras haber sido tratado por Salvador, corre como un mustango. He visto también a un indio resucitado por Salvador. Todo el poblado dice que cuando se lo llevaron era cadáver, estaba frío, con el cráneo abierto y los sesos al aire. Sin embargo, regresó vivo y alegre. Contrajo matrimonio con una bella joven. También he visto hijos de indios...

—Entonces, ¿Salvador recibe a gente extraña?

—Solo a indios. Y ellos acuden desde los más lejanos confines: Tierra de Fuego, Amazonas, y hasta desde los desiertos de Atacama y Asunción.

Luego de recibir esta información de la boca de Bal-

tasar, Zurita decidió viajar a Buenos Aires.

Allí, se enteró de que Salvador atendía exclusivamente a indios, entre los que se había granjeado fama de taumaturgo. Al sondear en el ámbito de la medicina, Zurita supo que Salvador era un cirujano genial, pero muy extravagante, como suele suceder con los superdotados. Salvador era muy conocido en los medios científicos del Viejo y el Nuevo Mundo. En América atesoró celebridad con sus audaces intervenciones quirúrgicas. Cuando el enfermo estaba desahuciado y los médicos se negaban a operarlo, recurrían a Salvador. Él jamás se rehusaba. Su ingeniosidad y audacia eran ilimitadas. Durante la guerra imperialista acudió al lado de Francia, y practicó casi exclusivamente operaciones craneanas. Son muchos los miles de hombres que le deben su salvación. Concertada la paz, regresó a la patria, a la Argentina. La práctica y afortunados negocios con tierras le proporcionaron fabulosa fortuna. Adquirió vastas tierras en las proximidades de Buenos Aires, las cercó con enorme muro —una de sus rarezas—, y, allí instalado, abandonó la práctica. Se dedicó exclusivamente a la labor científica en su laboratorio. Ahora recibía y atendía únicamente a indios, quienes lo consideraban un dios venido del cielo.

Zurita logró enterarse de otro detalle relacionado con la vida de Salvador. Donde actualmente se hallan las vastas posesiones de este, antes de la guerra se encontraba una modesta casita con jardín, también cercada con un alto muro de fábrica. Mientras Salvador estuvo en la guerra, cuidaron la casita un negro y varios enormes mastines. Los insobornables guardianes no permitieron entrar a nadie en el patio.

Últimamente, Salvador se rodeó de un ambiente más misterioso todavía. No recibe ni a los compañeros de estudios en la universidad.

Tras reunir toda esa información, Zurita resolvió:

“Salvador, como médico, no tiene derecho a negarle asistencia a un enfermo. ¿Acaso no puedo enfermar? Pre-